

Envejecimiento y cultura en Iberoamérica: reflexiones respecto del envejecimiento, la vejez y la acción interdisciplinaria junto a las personas mayores

El tiempo de nuestra dicha

Dice Jorge Luis Borges, en su poema El Elogio de la Sombra: La vejez (tal es el nombre que los otros le dan) / puede ser el tiempo de nuestra dicha... Sugiriendo también que en la vejez, los rostros se difuminan, igual que las esquinas y las calles y las casas viejas, con la dulzura que supone la posibilidad de concentrarse en uno mismo.

La vejez suele ser, probablemente por razones de cultura e identidad, un tema que evitamos en la medida de lo posible. Sobre todo si se trata de la vejez propia. Un planteamiento de ese tipo, a nivel personal, nos coloca en la certeza de que la vida tiene fin y la vejez es la antesala de ese fin.

Nuestros modelos culturales plantean que la vejez es la etapa de la vida en la que ya no se es física y/o mentalmente apto para tomar decisiones propias, para emitir opiniones, para valerse a sí mismo o para incidir en el cambio de nuestras sociedades. Esos modelos son los que deben erradicarse, a raíz de ejercicios como el libro que hoy nos ocupa.

A través de una adecuada preparación en ámbitos tanto educativos, como médicos y de fomento de una cultura de aprecio, respeto y reconocimiento a la dignidad y a la importancia de los viejos, las sociedades mudarán a nuevas formas de convivencia para integrarnos social y familiarmente en entornos de amor y admiración.

Envejecimiento y cultura en Iberoamérica: reflexiones respecto del envejecimiento, la vejez y la acción interdisciplinaria junto a las personas mayores recoge una amplia y muy relevante selección de temas que van desde reflexiones en gerontología y geriatría oral hasta procesos de intervención a investigación y análisis del envejecimiento como fenómeno socio-cultural. En su conjunto, nos permite abordar la temática de la vejez desde un punto de vista para no sólo hablar de ella desde el ámbito personal, sino encaminar nuestros esfuerzos como sociedad hacia una mejor calidad de vida para nuestra población que, de a poco, envejece.

Problema de viejos, soluciones nuevas

Los cambios demográficos nos indican que las sociedades están envejeciendo. Como se cita en la introducción al texto de Álvaro León Morán, el mundo ha experimentado un cambio demográfico irreversible y notorio, ya que los ancianos viven más tiempo y son más saludables que años atrás. La Organización Mundial de la Salud (OMS) describió el cambio demográfico como el mayor desafío social y económico que enfrenta la humanidad, porque los países desarrollados se desarrollaron antes de envejecer, mientras que en los países en desarrollo, la población envejeció antes de obtener estabilidad económica.

En el mundo, existen actualmente 600 millones de personas mayores de 60 años. Hacia el año 2025 dicha cifra ascenderá al doble, y hacia el año 2050 habrá alrededor de 2 mil millones de personas mayores de 60 años. De los actuales 600 millones, únicamente 200 millones viven en países desarrollados. Hacia el año 2050 en los países desarrollados habrá 300 millones. El mayor incremento se dará en América Latina y el Caribe.

El problema se ve agravado por la imperante rapacidad de los sistemas políticos y la poca o nula disposición para establecer y echar a andar políticas públicas que presenten soluciones a esta problemática que inevitablemente nos abrazará como sociedad. El mundo envejece como ciclo natural de la vida y está en planteamientos como los expresados en este libro el camino hacia algunas soluciones en temas específicos.

En México nos referimos de diferentes maneras a nuestros viejos. Hablamos del adulto mayor, el anciano, al adulto en plenitud, el viejo. Y nos damos cuenta que la vejez significa estar “fuera de...” Fuera de la sociedad, fuera de las decisiones importantes, fuera de las políticas públicas –salvo en los conocidos casos de populismo electorero– y muchas veces también lamentablemente fuera de un núcleo familiar.

Pensemos en nuestros familiares y conocidos. ¿Cuántos de ellos han querido y logrado integrar efectivamente a sus ancianos a la vida familiar, productiva y social? Recuerdo al escribir este texto una anécdota contada por una joven amiga mía. Alguna vez, siendo adolescente, llegó a casa de su abuelita y al encontrársela en el portal, la abrazó y le dijo al oído: “abuelita, te quiero mucho”. La vieja se desplomó en un llanto desconsolado. Cuando al fin logró calmarla, la joven preguntó: “¿Pero por qué lloras con tanto

sentimiento, abue?” Y la anciana contestó: “Es que hace muchos años que nadie me dice que me quiere”.

En el libro se hace referencia al vínculo que existe en nuestra sociedad occidental, de la adultez mayor con la Vejez Funcional, término que asocia el concepto de viejo como sinónimo de limitación y deficiencia. Entonces se le llama vejez funcional. En las zonas rurales, por ejemplo, esta percepción se ve afectada por otro tipo de variables sociales, económicas, culturales, entre otras, que dificultan la calidad de vida de las personas mayores.

En sentido exactamente opuesto, conceptos como respeto, protagonismo, autosuficiencia, amor, deberían estar más presentes en nuestro acercamiento a la temática del envejecimiento y a una eventual intervención proactiva en el mismo. En la vejez la libertad debería verse expresada como autonomía individual, apoyada de la espiritualidad como manera de afrontarla con dignidad y alegría.

Hacia un modelo de intervención: el trabajo social

Después del meticuloso análisis realizado por especialistas de diferentes países de América Latina como Chile, Argentina, México, que abarcan temáticas diversas y especializadas como la sexualidad, la geriatría ora, la ruralidad, el género y las actividades productivas, subyace la necesidad de una intervención basada en el trabajo social.

Quiero referirme a las características que dicho modelo debe tener, expresadas en las propuestas de trabajo de América Opazo, María Gladys Olivo, Claudia Sirlin y Aída Lessa. Si atendemos a la definición de Vargas del trabajo social, quien nos dice que se trata del “reconocimiento de la dignidad humana, para facilitar que todas las personas desarrollen plenamente sus potencialidades, mejoren su calidad de vida y ayudar a prevenir problemas relevantes” y lo enfocamos a los ancianos, el planteamiento parte de que, en la intención de mejorar sus condiciones de vida, el trabajador social no debe influir como agente de cambio en sí mismo sino convertirse en el facilitador de un cambio en el que los protagonistas sean los propios adultos mayores.

Los ejes a tomar en cuenta y que son mencionados por las investigadoras citadas, son el respeto a la cotidianidad, el reconocimiento de la complejidad de la intervención, el desarrollo de potencialidades, el fortalecimiento de las organizaciones y su empoderamiento, el impulso a redes territoriales y la humanización de los espacios.

Finalmente, los trabajos de Sandra Saldaña, Enrique Hernández, Luis Londoño, Gladys Franco y Tania Mora hacen hincapié en los derechos de los adultos mayores y la urgencia de un marco normativo internacional que los regule y procure. Los derechos sociales, culturales, civiles, políticos. El derecho, por ejemplo, a la salud y a programas de cuidado especializado integral, el derecho a la educación, al aprendizaje y al desarrollo; entendidos todos alrededor del respeto a los ancianos como seres humanos integrantes de nuestras sociedades.

Envejecimiento y cultura en Iberoamérica: reflexiones respecto del envejecimiento, la vejez y la acción interdisciplinaria junto a las personas mayores nos muestra a través de un trabajo serio y profesional, las aristas de un problema viejo, con sus propuestas de nuevas soluciones, para que atendamos a Borges y logremos hacer de la vejez el tiempo de nuestra dicha.